

AGENDA CIUDADANA

LAS TRAMPAS DE LA HEGEMONIA

Lorenzo Meyer

La Ley de Hierro del Sistema Electoral Mexicano

Una de las trampas que desde su origen tendió el actual sistema político mexicano a la sociedad en general y a los partidos de oposición en particular -a esos que Calles, al crear el PNR, invitó a participar en la justa electoral-, se puede resumir así: si la oposición acepta entrar al juego electoral con las reglas imperantes -las legales y las extralegales-, su mejor perspectiva es lograr el reconocimiento de victorias marginales pero nunca y bajo ninguna circunstancia, la gran victoria: la presidencia. Y si en protesta contra las reglas de un juego que no se puede ganar, la oposición se retira del campo electoral, entonces el sistema está en la posibilidad de ignorarla o hacerle pagar un alto costo, que puede ir desde fomentar una escisión y fortalecer a sus rivales, hasta quitarle el registro -y el subsidio-, y dejarle como opción caer en la irrelevancia o en la ilegalidad.

Esta perversa ley de hierro del sistema electoral mexicano sigue vigente, aunque todo indica que está llegando a su fin, pues el sistema mismo que la impuso ya perdió viabilidad y carece de la capacidad de reproducirse. El análisis de esta etapa de la trampa de la hegemonía priísta -posiblemente la final-, es justamente el tema del libro que acaba de publicar el profesor José Antonio Crespo: *Urnas de Pandora. Partidos políticos y elecciones en el gobierno de Salinas* (Espasa-Cide, 1995).

El Partido Hegemónico. El punto de partida del trabajo del profesor Crespo, es la definición del sistema electoral mexicano en función de la relación entre el PRI y su oposición partidista. El autor encuentra que Giovanni Sartori y su concepto de sistema de partido hegemónico es el que mejor sirve para entender la naturaleza del sistema electoral -y político- mexicano. Y es que la definición le queda pintiparada al PRI y a toda la estructura de poder e intereses que sobre ese partido se ha montado desde hace 66 años. En efecto, el partido hegemónico, y a diferencia del partido único, permite la existencia de una oposición electoral, pero sólo a condición de que no haya condiciones equitativas para la competencia. En el juego donde imperan las reglas propias de un partido hegemónico, los datos electorales están siempre cargados en su favor, de tal manera que la oposición nunca pueda sustituir al partido en el poder y la alternancia jamás pase de ser una mera posibilidad teórica.

En contra de lo que puede parecer a primera vista, una oposición que no puede tomar el poder pero que va a las urnas no es una oposición inútil o absurda, por el contrario, es de una utilidad enorme ... ¡pero no para los opositores, sino para el partido hegemónico -o "casi único", como llamó Carlos Salinas en julio de 1988- y su sistema!. En efecto, esta oposición que no puede ganar, le da al partido hegemónico y a su gobierno un barniz de democracia sin hacerle pagar el precio de la verdadera democracia: el de la alternancia en el poder.

Es claro que ningún partido hegemónico engaña a nadie en relación a su verdadera naturaleza antidemocrática. Sin embargo,

en situaciones como la mexicana, la fachada de competencia partidaria sirve de excelente coartada a todos aquellos que, en función de sus propios intereses, desean justificar su apoyo o cercanía y tolerancia a un régimen antagónico a la democracia. Y resulta que en México son muchos y muy importantes esos intereses que gustan de tomar por buena la autodefinición de democrático de lo que en realidad es justamente lo opuesto. En esta lista, se encuentran el propio partido de Estado y la burocracia gubernamental, a los que se debe añadir el mundo del capital y la empresa, la Iglesia, los intelectuales e, incluso, los gobiernos extranjeros, en particular el norteamericano. A todos ellos y a muchos más les conviene pretender que la apariencia de competencia entre partidos en México es real.

La lógica perversa que domina en los sistemas de partido hegemónico, hace que la oposición legal sea útil a la preservación del sistema antidemocrático no sólo porque le viste con el ropaje del pluralismo, sino porque le ayuda a integrar al gran sistema político a las minorías, porque actúa como foco rojo para alertar a tiempo a las élites sobre descontentos que deben ser atendidos y neutralizados y, finalmente, porque puede ser una buena válvula de escape para frustraciones políticas. En cualquier caso, y gracias a los partidos de oposición, el sistema de partido hegemónico tiene una relativa facilidad para cooptar y neutralizar a las contraélites, reconociéndolas en vez de combatir las, abriéndoles un sitio en el sistema a cambio de trazarle límites bien claros a su capacidad de acción.

Autoritarismo Flexible. José Antonio Crespo advierte que una de las decisiones más atinadas de la élite revolucionaria para preservar por tres cuartos de siglo el poder ganado en el campo de batalla, fue precisamente el no haber cedido a la tentación de organizar al nuevo régimen bajo el esquema de partido único.

En realidad, y como el mismo autor lo admite, la decisión de los líderes revolucionarios de no hacer de México un país de un solo partido, no fue estrictamente de su elección sino algo propiciado por las circunstancias. Para empezar, la Revolución Mexicana nunca estuvo en la posibilidad de rechazar abiertamente la democracia política como fuente de legitimidad, como si sucedió en Rusia, Italia, Alemania o España, pues desde el principio Madero colocó el tema democrático -"sufragio efectivo"- en el centro de la agenda del nuevo régimen. Es verdad que en los años veinte y treinta, los exitosos ejemplos de sistemas totalitarios debieron resultar atractivos para ciertos líderes mexicanos, pero ese era un camino que ya no podían seguir. Un obstáculo adicional fue el factor externo: la vecindad con Estados Unidos, país que difícilmente hubiera tolerado la consolidación de una revolución que, además de nacionalista, se asemejara a los sistemas abiertamente antidemocráticos que provocaban una creciente inestabilidad internacional. Vale recordar que a mediados de los años veinte, el Departamento de Estado publicó un "libro blanco" acusando al gobierno de Calles, no de nacionalista -que era lo que realmente le molestaba-, sino de ser un instrumento de la antidemocracia bolchevique. Así pues, un México abiertamente organizado alrededor de un partido único -

y una ideología totalitaria- hubiera resultado un vecino muy incómodo para Estados Unidos y viceversa.

Fue, pues, la flexibilidad el secreto de la longevidad del sistema hegemónico mexicano; una flexibilidad que surgió de manera natural a una revolución que nunca desarrolló una ideología dogmática, pero que desde el principio combinó un marco legal democrático con una práctica autoritaria. Esta flexibilidad le permitió al gobierno lo mismo declarar fuera de la ley a un partido (al comunista o al henriquista), que propiciar la creación de otros (PPS, PARM o PT) y tolerar a otros más (PAN), hasta confeccionarse una oposición "a la medida".

Es claro que la hegemonía priísta hubiera quedado en una situación muy difícil si todos los partidos opositores se hubieran unido para boicotear el juego que nunca habrían de ganar. Sin embargo, ese acuerdo, siempre fue difícil y hoy simplemente es imposible. Bajo Carlos Salinas, el gobierno obligó a su partido, el PRI, a hacer concesiones importantes a la oposición de centro derecha -al PAN-, justo para evitar un posible acuerdo de esta con la oposición de centro izquierda -el PRD-, e incluso llegó a fomentar una falsa oposición de izquierda -PT, PFCRN, PPS- con el mismo objetivo. Hasta fines de 1993 esta estrategia dio excelentes resultados al gobierno. Sin embargo, el panorama cambió bruscamente a partir de entonces; es verdad que el PRI ganó finalmente las elecciones de 1994, pero finalmente fue esa una victoria muy costosa, pues los avances de la "oposición leal" de derecha sobrepasaron el umbral de lo funcional para el PRI.

Una Ley Dentro de la Ley y los Límites del Sistema.- En 1994, con los asesinatos del candidato del PRI a la presidencia y de su secretario general, salió a la luz un corolario de la ley de hierro de la hegemonía y que también se apunta en el trabajo de Crespo: pasado un punto, las concesiones que la dirigencia del partido hegemónico hace a la "oposición leal" para que esta permanezca en el juego, pueden producir un conflicto dentro del partido en el poder de tal magnitud, que terminen por debilitarlo y desequilibrar al sistema en su conjunto.

Al cuadro anterior, se le debe añadir que fue justamente la irrelevancia de la lucha partidista en las condiciones descritas, lo que hizo que alguien en la izquierda -los neozapatistas chiapanecos-, volviera a encontrar en las armas la única salida a la trampa de la hegemonía. Y para complicar todo más, resulta que a fines de 1994, la base económica de esa trampa se derrumbó en medio de una crisis general. Es en estas, y por estas, condiciones que a partir de ahora se abre la posibilidad de un fin más o menos próximo del sistema imperante: las variables centrales empiezan a salirse de sus marcos tradicionales y 66 años de equilibrios antidemocráticos están a punto de concluir.

El partido de oposición que fue usado por el sistema como ariete para golpear a la izquierda -el PAN-, se ha convertido en una fuerza disfuncional para la preservación de la hegemonía priísta, en un auténtico Frankenstein. De seguir las cosas como van, el PAN podría llegar a acumular muy pronto la masa crítica de poder y credibilidad -gubernaturas y municipios- que le permita aspirar a ser en 1997 la fuerza dominante en el Congreso,

y modificar entonces la naturaleza misma del presidencialismo mexicano. Todo esto podría desembocar en un cambio histórico de régimen, aunque no necesariamente de orientación, pues a fin de cuentas hoy el PRI y el PAN son dos manifestaciones de la derecha, la primera autoritaria y la segunda democrática.

Una Salida Posible. El sistema de partido hegemónico esta agonizando y ya no puede hacer funcionar como antes su perversa ley de hierro. Sin embargo, quizá aún le queda una fuerza inercial que, bien empleada, podría evitar un final de régimen catastrófico. De acuerdo con el profesor Crespo, el PRI podría aceptar como inevitable la transformación histórica del régimen e intentar adaptarse en vez de resistir, si considera que aún tiene abierta la posibilidad de pasar a la condición de partido dominante. En este último caso podría, con mucha suerte, derrotar parcialmente la embestida electoral de la oposición y conservar el dominio del Congreso en 1997 y de la presidencia en el 2000 sin que ello desembocara en violencia. Sin embargo, esto último sólo podría ocurrir a condición de tener una auténtica reforma electoral que abriera la posibilidad, por vez primera, a elecciones limpias con resultados legítimos. Otra forma de decir lo mismo es esta: el PRI podría sobrevivir sólo a condición de jugar sin dados cargados.

Quizá pedir lo anterior -que el PRI acepte el cambio pacífico de régimen- es mucho pedir, pues la antidemocracia ha creado intereses muy poderosos -de miles de millones de dólares- pero hay que intentarlo antes de buscar otros caminos.

En un sistema de partido dominante, la oposición ya puede aspirar a ganar por la vía electoral, y la izquierda vería como enteramente racional olvidarse del camino de las balas para seguir el de los votos, tal y como los neozapatistas lo han dicho desde el principio de su rebelión.